



Pablo Scharagrodsky
(coordinador)

MUJERES EN MOVIMIENTO

**Deporte, cultura física y feminidades.
Argentina, 1870-1980**

prometeo
libros

MUJERES EN MOVIMIENTO

Deporte, cultura física y feminidades. Argentina, 1870-1980

Pablo Ariel Scharagrodsky

MUJERES EN MOVIMIENTO

Deporte, cultura física y feminidades.
Argentina, 1870-1980

{prometeo}
libros

Scharagrodsky, Pablo Ariel

Mujeres en movimiento : deporte, cultura física y feminidades :
Argentina, 1870-1980 / Pablo Ariel Scharagrodsky. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-816-047-4

1. Estudios de Género. 2. Educación Física. 3. Historia de la
Educación. I. Título.
CDD 306.483

Armado: Yanina Pérez

Corrección de galeras: Luz Azcona

© De esta edición, Prometeo Libros, 2021

Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

distribuidora@prometeoeditorial.com

www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES	11
PRÓLOGO	17
I. CULTURA FÍSICA, DISCURSO BIOPOLÍTICO Y CONSTRUCCIÓN DE FEMINIDADES	23
La cultura física de las mujeres, la moda del corsé y los ignorados consejos de los médicos. Buenos Aires 1870-1940 (<i>Diego Armus</i>)	25
Circulación, difusión y apropiación de saberes y prácticas corporales: el caso de la gimnasia 'femenina' de Ruth Schwarz de Morgenroth, 1935-1945 (<i>Andrés H. Reggiani y Pablo Ariel Scharagrodsky</i>)	49
Deporte y recreación durante la menstruación. Historia de una habilitación a partir de la difusión de las toallas y los tampones industriales en Argentina, 1930-1980 (<i>Eugenia Tarzibachi</i>)	85
El sexo es salud. Discursos médicos anarquistas sobre las prácticas sexuales. Argentina, 1932-1942 (<i>Nadia Florencia Ledesma Prietto</i>)	109
Constitución, biotipología y cultura física femenina (<i>Andrés H. Reggiani</i>)	127
II. CULTURA FÍSICA, DISCURSO RELIGIOSO Y CONSTRUCCIÓN DE FEMINIDADES	161
Hacer del deporte una religión. Tiempo de ocio, género y catolicismo en la Buenos Aires de entreguerras (<i>Miranda Lida</i>)	163
Deporte y civismo femenino en la Asociación Cristiana Femenina de Buenos Aires, 1890-1940 (<i>Patricia Anderson</i>)	189
Una vez guía, siempre guía. Scoutismo en clave femenina, 1910-1955 (<i>Laura Marcela Méndez</i>)	205

Los campamentos de la Juventud de Acción Católica, 1940-1960. Domesticación del tiempo libre y de la sexualidad (<i>Adrián Cammarota y Karina Inés Ramacciotti</i>).....	225
III. CULTURA FÍSICA, DEPORTES, PRENSA Y CONSTRUCCIÓN DE FEMINIDADES	251
La mujer en el hipódromo (<i>Roy Hora</i>).....	253
Entre el cielo y la tierra: las primeras aviadoras en Argentina (<i>Dora Barrancos</i>)	283
La invención militar de la práctica del tiro en la Argentina (<i>Diego Roldán</i>).....	305
El cuerpo de la mujer moderna. La construcción de la feminidad en las revistas de Editorial Atlántida, 1918-1933 (<i>María Paula Bontempo</i>)	329
LAS AUTORAS Y LOS AUTORES	349

*A Lucas, quien me enseñó que el ‘deporte’ más saludable
es dar y recibir besos, miradas y abrazos.
A Paula, por estar y por todo su amor.*

PALABRAS PRELIMINARES

El presente libro reúne una serie de trabajos que, desde perspectivas teóricas y enfoques metodológicos diferentes, problematizan la historicidad de los cuerpos sexuados y la feminidad, retomando un conjunto variado de propuestas de regulación, control, gestión, administración y gobierno de los cuerpos en movimiento. La excelente excusa para indagar el proceso de construcción de la materialidad sexuada, ha sido el complejo y variado universo vinculado con la cultura física que emergió, se delineó, adquirió forma moderna y se difundió, lentamente, en algunas ciudades europeas y, posteriormente, norteamericanas durante el ‘largo siglo XIX’.

América del Sur, y en particular, la Argentina en formación, participaron activamente en el vasto y complejo proceso de globalización, circulación, apropiación, imposición, re-significación y normalización de ciertas prácticas, saberes y discursos vinculados con la cultura física que se produjo abiertamente entre algunos países europeos (Francia, Alemania, Inglaterra, Suecia, Suiza y, en menor medida, Italia, Portugal, España, etcétera) y EE.UU., intensificado en las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras del XX.

En este complejo proceso de difusión e intercambio internacional en el que circularon personas, ideas, conceptos, bibliografías, metodologías, formas de entrenamiento, dietas y tipos de alimentación, leyes y disposiciones legales sobre el tema, modelos de instituciones deportivas, manuales y textos de referencia, artículos científicos y de divulgación, traducciones foráneas, información sobre jornadas y congresos ‘científicos’ de la especialidad, material específico del campo deportivo (balones, mazas, aros, arcos, guantes, botines, palanquetas, barras fijas, espaldares suecos, trapecios, infladores, cuerdas, sogas, reglamentos, indumentaria y vestimenta deportiva, instrumentos de medición –espirómetros, compases torácicos, cartómetros graduados, toracómetros, dinamómetros, dinamógrafos, ergógrafos, pneumogramas, esphigmógrafos, guantes de Patrizzi, balanzas, antropómetros clásicos, cirtómetros, saltómetros, etcétera–, elementos de medicina deportiva, aparatos de

sport, planos de edificación deportiva, etcétera); la cultura física se convirtió, para el caso argentino, en un terreno –material y simbólico– en el que distintos agentes, actores, instituciones y grupos sociales pusieron en circulación un conjunto complejo y heterogéneo de tópicos y discursos vinculados con formas y modos sobre cómo ejercitar –léase presentar y representar– a los cuerpos y a la diferencia sexual.

De esta manera, la cultura física y su variado arsenal de propuestas corporales se convirtieron en un espacio de disputa en el que circularon y se reapropiaron prácticas, saberes y discursos supuestamente legítimos sobre cómo definir un cierto ideal ficcional corporal femenino acompañado por usos adecuados, dignos y correctos sobre el deseo, el placer, la sensibilidad, el erotismo, las emociones, la moral sexual o cierta estética corporal.

Pero los análisis aquí reunidos no solo dan cuenta de cómo, cuándo y por qué se configuró –y se resistió, negoció y re-significó– un cierto orden corporal generizado y sexualizado en el marco de la cultura física. También profundizan en torno a los modos en que esto se articuló y amalgamó con otros tópicos y preocupaciones epocales como la nacionalidad, el tipo corporal femenino de argentinidad ideal, cierta moralidad supuestamente femenina, las otredades y los cuerpos abyectos, la salud y la enfermedad, la monstruosidad y el desvío, la decadencia y el deterioro físico, la normalidad somática y la armonía física o la retórica de la libertad corporal, tensionando las diversas y complejas semánticas que desde y a partir de dicho universo se prescribieron, resistieron, negociaron e incardinaron contribuyendo a la materialización legítima de los cuerpos sexuados modernos.

Las prácticas y los espacios indagados son múltiples y variados. Por un lado, la atención analítica e interpretativa se sitúa en los distintos tipos de gimnasias (gimnasia sueca, gimnasia fisiológica francesa, gimnasia rítmica delsartiana, gimnasia taylorista de Bess Mensendieck, gimnasia expresiva de Hade Kallmeyer, gimnasia ginecológica, gimnasia respiratoria, sistema gímnico de Stebbins, etcétera), la danza, el yoga, los picnics y paseos campestres, el ‘ejercicio’ sexual, ciertos deportes (por ejemplo, tenis, voleibol, natación, pelota al cesto, patinaje, y en menor medida, el golf, la equitación, el ciclismo o el basquetbol), el movimiento recreacional, las prácticas scáuticas, el campamentismo, las prácticas de tiro al blanco, el turf y la aviación deportiva. Por el otro, se indagan distintos espacios productores y mediadores de cierto tipo de subjetividad generizada: gimnasios, parques, plazas de ejercicio físico, hospitales (Hospital Sanatorio para mujeres tuberculosas, consultorios, etcétera), direcciones estatales (Departamento de Educación Física de la Municipalidad de Buenos Aires, Dirección General de Tiro y Gimnasia, etcétera), maternidades (Maternidad del Hospital Israelita, etcétera), institutos de gimnasia (Instituto Sudamericano de Gimnasia Específicamente

Femenina e Infantil, etcétera) clubes y asociaciones (Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, Lawn Tennis Club, Club Argentino, Jockey Club, Club Femenino de Deportes Mburucuyá, Ateneo de la Juventud, Asociación Cristiana Femenina, Asociación Boy Scouts Argentinos, Asociación Femenina Metropolitana de Basquetbol, etcétera), sitios ‘deportivos’ (hipódromos, en especial la pelouse, aeródromos, canchas de fútbol, natatorios, etcétera), espacios al aire libre (las sierras cordobesas en los Cocos, los lagos y valles patagónicos, la zona de Tigre, etcétera), instituciones educativas (Colegio San José, Colegio del Salvador de los jesuitas, Industrial de la Nación, más conocido con el nombre de Otto Krause, Normal de Profesores, Colegio Pío IX de Almagro, etcétera), polígonos de tiro (Tiro Suizo de Colonia San José, Tiro Federal Argentino en Buenos Aires, etcétera), entre otros.

Las prácticas que habitaron y tensionaron los espacios mencionados estuvieron potenciadas y legitimadas a partir de un vasto conjunto de formaciones discursivas, entre las que sobresalieron los heterogéneos discursos bio-médicos, religiosos y pedagógicos. Estos discursos –cuyos límites fueron altamente porosos– actuaron como la verdadera episteme sobre la cual se describió e interpretó al cuerpo en movimiento. De alguna manera, estos saberes se convirtieron en la base a partir de la cual se describieron, explicaron e interpretaron los cuerpos, su funcionamiento, las diferencias sexuales y sus moralidades. Dicha interpretación médica, religiosa y pedagógica –operación simbólica mediante–, impactó en las conceptualizaciones, caracterizaciones, figuraciones, evocaciones, narraciones, ejemplificaciones y representaciones sobre los cuerpos y, en relación con la cultura física, posibilitó –e imposibilitó– un conjunto de prescripciones, interdicciones y prohibiciones referidas a las gimnasias, los juegos, los *sports*, las actividades acuáticas, la educación física escolar, los ejercicios físicos, las marchas, los paseos, los picnics, las excursiones, el scautismo y las prácticas de tiro.

A partir de la cultura física y su compleja y ambigua relación con los discursos médicos con respecto a la utilización de cierta vestimenta como, por ejemplo, el corset, o de determinada tecnología como las toallas higiénicas y los tampones ‘femeninos’, la práctica de cierto tipo de gimnasia para embarazadas, las prácticas sexuales o la definición de biotipos femeninos, pasando por la impronta que tuvo el discurso religioso a la hora de pensar al cuerpo femenino en movimiento y llegando a las primeras aviadoras argentinas, las mujeres en el hipódromo o el lugar de las tiradores en los polígonos de tiro; los trabajos reunidos en esta compilación nos invitan a pensar un complejo, paradójico y contradictorio juego de similitudes y diferencias. Por un lado, una diversidad de sentidos sobre las feminidades construidas –diacrónica y sincrónicamente– a partir y desde la cultura física que ha encerrado no solo lógicas kinéticas específicas, sino muy especialmente sociales, éticas,

sexuales, eróticas y políticas particulares (la gimnasia expresiva de Hade Kallmeyer no moduló ni modeló el cuerpo sexuado de la misma manera que la gimnasia taylorista de Bess Mensendieck o que un deporte como la pelota al cesto). Del mismo modo que la pelouse no operó ni produjo somatizaciones morales o políticas similares o de igual intensidad a las del stand de tiro, un patio escolar o una piscina de natación. A su vez, estas diversidades hechas carne se acentuaron y amplificaron, según del sector social, el grupo de pertenecía, de la edad, del tipo de religión, de la ideología, del capital cultural, de la orientación sexual, la ocupación o la profesión, de la biografía, de la trayectoria, del territorio o la institución en la que fueron vivenciadas y practicadas.

Las diversas feminidades aquí analizadas condensaron ciertos núcleos en común generados desde y a partir de la cultura física que, con matices, circularon en el contexto social más amplio. Dos se destacan por encima del resto. Por un lado, la matriz heteronormativa saturó los sentidos aceptables sobre una cierta economía del deseo, evaluando como normal y natural las estéticas corporales heterosexuales y sancionando, denigrando y estigmatizando cualquier otra opción no heterosexual con la etiqueta de anormal, inmoral o antinatural. La matriz heterosexual que circuló, atravesó y se transmitió en los recurrentes discursos, prácticas y saberes vinculados con la cultura física y los deportes, suprimió la multiplicidad de sexualidades existentes y afianzó la sexualidad binaria, reproductiva y médico jurídica. Vale decir, la matriz heterosexual se convirtió en una potente rejilla de inteligibilidad cultural a través de la cual se naturalizaron cuerpos, géneros y deseos. Al hacerlo, se excluyeron otras alternativas posibles de pensar, experimentar y vivir los cuerpos y las sexualidades en movimiento. De alguna manera, la heterosexualidad normativa modeló un perfil corporal, reguló compulsivamente cierta economía de deseo, produjo una estética somática, fabricó ciertas reglas de etiqueta y vestido, imaginó una determinada proxemia, elaboró juegos de apariencia y de seducción sujetos a una dictadura androcéntrica de la belleza, semantizó y ponderó partes o franjas del cuerpo por encima de otras, exaltando la ejercitación de ciertas zonas y grupos musculares –abdomen, pelvis, diafragma, glúteos, senos, pantorrillas–, y la exclusión, subordinación o cuasi-silenciamiento de otras –bíceps, dorsales, deltoides, recto interno, tronco superior, aductores, músculos cercanos al ano–, asoció cierto universo kinético con el mundo de lo íntimo, gestionó formas de mirar, sentir y pensar, configuró un universo gestual específico, definió estilos y patrones corporales que incluyeron formas de pararse, desplazarse o moverse y, en definitiva, contribuyó a la configuración de un ethos sexual deseable, posible y pensable.

De la mano de la consolidación del imperativo heterosexual se fueron delineando las feminidades indeseables, inadecuadas, enfermas, desviadas,

anormales, alteradas o defectuosas, que en el campo de la cultura física tuvieron nombre y apellido: machona, varonera, copia ridícula del varón, machorra, hombruna, viriloide, invertida, marimacho, feona, etcétera. Estos estigmas se articularon con otras dimensiones de la realidad social como la clase, la etnia, el color de piel, etcétera, complejizando los sentidos y las múltiples opresiones sobre los supuestos cuerpos abyectos. Todo ello avaló la fabricación de la lógica de la mismidad: las 'otras' en la 'cultura física' y en los deportes. La feminidad moderna se reafirmó y fortaleció en su imagen y en sus características como resultado de la pugna con los 'otros' y las 'otras', adversarias y enemigas. Estas últimas, estuvieron representadas por niñas y mujeres con cualidades, características, propiedades, ideologías y funciones que no se asociaban imaginariamente –y arbitrariamente– con lo que significaba desde el discurso dominante ser una 'verdadera' niña o mujer durante una práctica gímica, lúdica, scáutica, campamental o deportiva. La construcción de un ideal ficcional femenino hegemónico se asentó en la lógica de la mismidad. Esta lógica necesitó la construcción de 'otredades' que permitieron afirmar la posición de la mismidad como la única posición 'normal', 'verdadera' y deseable, excluyendo, silenciando, cuestionando y omitiendo otras formas posibles de pensar y experimentar la corporalidad femenina y su sexualidad. Con algunos matices, los tonos centrales de esta lógica fueron claramente jerárquicos, binarios, duales, oposicionales, exclusivos y excluyentes.

En síntesis, *Mujeres en Movimiento. Deporte, cultura física y feminidades. Argentina, 1870-1980* reúne un escenario de prácticas, saberes y discursos móviles e inestables con múltiples caras: diversidad de sentidos y posiciones sobre las feminidades y las sexualidades, núcleos compartidos de sentidos opresivos sobre la diferencia sexual y el deseo, jerarquizaciones y regionalizaciones corporales falologocéntricas, formas explícitas de coerción y naturalización sobre ciertos estilos corporales, inclusiones compulsivas de algunas técnicas y prácticas deportivas, exclusiones silenciosas sobre determinados guiones kinético-morales, modos sutiles de dominación referidos a ciertas estéticas corporales, modos proxémicos desiguales, tensiones, conflictos y disputas sobre patrones corporales 'lícitos' y legítimos, complejos procesos de semantización y re-semantización corporal, negociaciones, alianzas y acuerdos sobre universos gestuales, así como intersticios, torsiones, pequeñas fugas, desobediencias y resistencias. El provisorio balance condensa más pérdidas que ganancias. Sin embargo, la 'partida' continúa. En cualquier caso, el desafío es ponernos en 'movimiento' y para ello no solo es necesario desafiar las convenciones excluyentes, coercitivas, dominantes y hegemónicas, sino muy especialmente, cambiar las reglas del juego para que muchas mujeres –y otras identidades posibles– no queden permanentemente

Pablo Ariel Scharagrodsky

en *off side*. Un *off side* que no es –ni ha sido– solo kinético o motriz, sino fundamentalmente político.

Pablo Ariel Scharagrodsky

PRÓLOGO

Raanan Rein¹

A mediados de octubre de 1938 llegaban a Buenos Aires Ingeborg Mello, con 19 años y su madre, huyendo de su Alemania natal. En las siguientes tres décadas y media la joven de origen judío descolló como la mejor atleta femenina de la Argentina. Cuando se retiró de las competencias, en 1974 y con 55 años de edad, había ganado entre las disciplinas de bala, disco y jabalina siete títulos sudamericanos, dos panamericanos, uno iberoamericano y múltiples rioplatenses, además de 22 nacionales. Galardonada con numerosas medallas de bronce y de plata en certámenes internacionales, llegó a ser finalista tres veces en dos ediciones de los Juegos Olímpicos (Londres 1948 y Helsinki 1952). Ninguna otra atleta argentina figuró en los rankings mundiales de sus especialidades con tanta presencia y regularidad.

En un entorno deportivo sumamente politizado, Mello se mantuvo al margen de la política, factor que contribuyó a garantizar una carrera sin interrupciones. En los Primeros Juegos Panamericanos, organizados por el gobierno de Perón en 1951, Mello fue una de las estrellas. Sin embargo, a

¹ Raanan Rein es Doctor en Historia española y latinoamericana. Profesor Catedrático y Vicepresidente de la Universidad de Tel Aviv, Israel. Es miembro de la Academia Nacional de Historia de la Argentina y ex Presidente de la Latin American Jewish Studies Association (LAJSA). Dirige el Centro S. Daniel Abraham de Estudios Internacionales y Regionales, así como la revista Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe. Fue condecorado por el gobierno argentino con el grado de Comendador de la Orden del Libertador San Martín por su aporte a la cultura argentina. Ha publicado numerosos libros, entre los que se destacan: *Peronismo, populismo y política* (Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1998); *Juan Atilio Bramuglia, Bajo la sombra del líder: la segunda línea del liderazgo peronista* (Buenos Aires, Ediciones Lumière, 2006); *Los bohemios de Villa Crespo: judíos y fútbol en la Argentina* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2012); *Los muchachos peronistas judíos* (Buenos Aires Editorial Sudamericana, 2015); *Fútbol, Jews, and the Making of Argentina* (Stanford, Stanford University Press, 2015).

diferencia de otros atletas, mantuvo un perfil bajo en la esfera pública y eso le ahorró conflictos a futuro en su carrera cuando Perón fue depuesto por la autodenominada Revolución Libertadora.

La vida matrimonial no fue un obstáculo para la carrera de Ingeborg. A fines de 1944 dio a luz a su hija y en menos de cuatro meses regresó victoriosa a las pistas para sorpresa de muchos, incluido uno de los principales redactores de *El Gráfico*. Cabe recordar que lo que se esperaba comúnmente de las mujeres era que abandonaran la práctica deportiva una vez comenzada su vida familiar. Pero Ingeborg desafió esa creencia popular que sostenía que el matrimonio y la maternidad marcaban el fin de la carrera de una atleta. Su hija Eleonora también cosechó títulos nacionales, regionales e internacionales –madre e hija llegaron a tener al mismo entrenador en el club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires– y sus nietas han mantenido la tradición de combinar el universo familiar con la práctica deportiva.

La destacada trayectoria atlética de Ingeborg Mello, que ha recibido escasa atención por parte de los investigadores/as, puede servir como una excelente lente para observar aspectos sociales y culturales muy diversos de la Argentina en el siglo xx. Temas como la inmigración y su impacto en la sociedad, los deportes y la política nacional, la lucha de las mujeres para obtener mayor visibilidad en la escena deportiva, las imágenes femeninas en los medios populares, maternidad y actividad física, temas familiares o la elaboración de identidades de género, pueden beneficiarse al arrojar nueva luz sobre las mujeres y su participación en la práctica deportiva. Esto es, precisamente, lo que el presente libro nos ofrece.

La participación femenina en los deportes siempre ha sido controversial. Tras una invisibilidad inicial de las mujeres en los estudios de los deportes en América Latina, en años recientes varios investigadores/as han comenzado a prestarle atención al tema. Las experiencias de las mujeres, de las que durante un largo período se ha hecho caso omiso, están haciéndose oír dentro de un discurso históricamente masculino. Incluso historiadores del fútbol, probablemente considerado durante décadas como una de las actividades deportivas más masculinas, reconocen ahora la importancia de este juego para las mujeres sudamericanas desde una etapa temprana. El primer partido femenino registrado se jugó en San Pablo en 1921. También se cita a menudo el poema «Fútbol» de Bertha de Tabbush (1937). Su colección *El secreto de la cigarra* incluyó tres textos dedicados al polo, al remo y al fútbol, el último de ellos inspirado por el triunfo argentino en los Campeonatos Sudamericanos que tuvieron lugar en Buenos Aires en 1937.

En este contexto de escritoras sudamericanas y deportes, uno de los primeros nombres que aflora es el de Clarice Lispector y su texto de 1968, publicado en el *Jornal do Brasil*, «Armando Nogueira, o futebol e eu, coitada»,

donde discute su apoyo al Botafogo y el lugar que ocupa ese deporte en su familia. Lispector admite su «ignorância apaixonada por futebol» y señala la íntima relación entre el balompié y la identidad nacional en su país: «Sinto que isso é tão errado como se eu fosse uma brasileira errada».

Como Ingeborg Mello, Ruth Schwarz de Morgenroth era alemana, de origen judío y debió dejar su país natal en la década de 1930, tras la llegada al poder de los nacional-socialistas. Como Mello, tuvo una carrera meteórica en la Argentina, su nuevo hogar, pero a diferencia de ella, Schwarz de Morgenroth falleció muy joven (en 1945), aunque eso no fue óbice para no dejar su impronta en la sociedad de su país de adopción. Como especialista en gimnasia «específicamente» femenina, sobresalió como pionera en Sudamérica en la organización de ejercicios físicos para mujeres embarazadas dentro de una maternidad. En el instituto que fundó en Buenos Aires y que siguió funcionando muchos años después de su fallecimiento, los cursos de gimnasia se ofrecieron a distintos grupos de mujeres de todo el ciclo vital femenino: la niñez, la edad del desarrollo, mujeres embarazadas, madres y las mujeres que atravesaban la menopausia. A pesar de las críticas acerca de sus ideas «conservadoras» con respecto a la maternidad, la feminidad y la división sexual de tareas, sus actividades ayudaron a muchas mujeres a lograr una «liberación» corporal.

El papel de la Iglesia católica en la sociedad y sus esfuerzos por contar con presencia en los espacios públicos, asociaciones cívicas y en la cultura popular es uno de los principales ejes temáticos de este libro, que permite a los autores/as rechazar imágenes de procesos lineales para optar en cambio por otras con más matices, que a menudo incluyen retrocesos además de avances. Las autoridades eclesiásticas en la década de 1930, por ejemplo, fueron más influyentes y enérgicas en sus esfuerzos por «cristianizar» la sociedad argentina y desafiar al Estado liberal, de lo que lo fueron en la década inmediatamente anterior o en la posterior. Las ambiciones de la Iglesia significaron necesariamente la elaboración de nuevas actitudes hacia diversas actividades de los jóvenes en sus ratos de ocio, y en primer lugar los deportes. Los clérigos debatían los «riesgos» morales de las actividades atléticas, particularmente las de las mujeres, aunque muchos de ellos comprendieron que para atraer nuevas almas y no perder antiguas, el catolicismo no podía estar ausente en el plano deportivo ni en la educación física.

Los curas argentinos no esperaron a que en Roma formularan una política sobre estos asuntos y tomaron la iniciativa como podemos ver, por ejemplo, con la fundación del club San Lorenzo de Almagro en 1908. Aún así, muchos dentro de la Iglesia manifestaron su preocupación por la participación femenina en actividades deportivas. No sorprende, entonces, que algunas de sus asociaciones, como la Acción Católica, no hayan alentado a las mujeres de su

membresía a la práctica física, al menos durante la primera mitad del siglo xx. La Asociación Cristiana Femenina de Buenos Aires fue una excepción a esta postura, ya que promovía la cultura física y desafiaba los roles tradicionales maternos, domésticos y privados de las mujeres en la sociedad. En este sentido, empoderaron a mujeres y contribuyeron a cristalizar nuevos conceptos de la argentinidad en general y de la ciudadanía en particular.

Hubo veces en que la incorporación de las mujeres a una vida físicamente activa era justificada con el argumento de que eso redundaría en una mejor salud y mejor condición para ser madres. Este énfasis en la «sacrosanta misión» de la mujer tuvo ecos en la prensa contemporánea, como lo escribió el periodista y nadador Enrique Tiraboschi en *El Gráfico* en diciembre de 1919, aduciendo que el deporte «favorece y conserva íntegro, vigoroso y ágil el cuerpo de la mujer, base de la belleza de una feliz maternidad».

Los logros de Ingeborg Mello fueron reconocidos en las revistas especializadas de fines de los cuarenta y comienzos de los cincuenta. Su imagen y sus datos biográficos aparecieron en las tapas o en extensos artículos publicados en *El Gráfico* y *Mundo Deportivo*. Su condición monoparental para criar a su hija jamás fue objeto de crítica. Esos hebdomadarios deportivos, y también la revista femenina *Para Ti* de la Editorial Atlántida, son una fuente primaria utilizada por varios de los autores/as que contribuyeron a dar forma este libro. Al fin y al cabo, la prensa era un espacio privilegiado en el que la representación femenina reflejaba estereotipos, al mismo tiempo que contribuía a construirlos. El cuerpo de la mujer y los ideales vinculados de salud, recato y belleza se debatían constantemente en estos periódicos.

Sorprende que la Iglesia católica haya estado más determinada a incorporar a mujeres a actividades deportivas en mayor medida que la Asociación Scout de Argentina, fundada en 1912. Si bien ya en la década de 1910 la organización scáutica expresó su interés por movilizar a las «muchachas argentinas», no fue hasta los años 50 en que adoptó medidas decisivas en este sentido. Su índole semi militarista y la noción de que los niños eran preparados para defender a la Nación, contribuyeron sin duda, a aminorar la marcha del proceso para reconocer una rama femenina, separada y autónoma. Tras la Segunda Guerra Mundial, la Iglesia continuó intentando, de vez en cuando, emular prácticas de los movimientos scáuticos como una forma de disciplinar a los jóvenes y de mantenerlos al margen de influencias inmorales y de la sexualidad sin control. Más específicamente los jóvenes de Acción Católica adoptaron la idea de campamentos como un método para imbuir ciertas normas morales y elaborar un ideal determinado de lo masculino, y por consiguiente también de lo femenino.

Este libro, compilado por Pablo Ariel Scharagrodsky, representa una contribución importante a la historia socio-cultural de la Argentina y a la

circulación de ideas y conceptos sobre nación, ciudadanía, sociedad civil e identidades de género, entre otros tópicos. En sus capítulos oímos tanto las voces hegemónicas en discursos públicos sobre los papeles y el lugar que le cupo a la mujer, pero también voces disidentes y a veces marginales que desafiaron premisas comunes sobre femineidad, prácticas sexuales de las mujeres, salud física y psicológica femenina o maternidad. Un mosaico de actitudes y valores, acompañados por tensiones y conflictos.

I

CULTURA FÍSICA, DISCURSO BIOPOLÍTICO Y CONSTRUCCIÓN DE FEMINIDADES

La cultura física de las mujeres, la moda del corsé y los ignorados consejos de los médicos. Buenos Aires, 1870-1940

Diego Armus

En los años veinte, la revista deportiva *El Gráfico* desplegó en sus páginas una postura de abierto rechazo al uso del corsé, calificándolo como “un aparato de tortura que marchita la belleza [...] y la gracia natural, un horrible tutor que sustituye la rigidez a la admirable flexibilidad”. De esa crítica no se salvaban los nuevos corsés más elastizados que se anunciaban como particularmente propicios para la práctica de deportes. *El Gráfico* advertía que se trataba de una prenda que no dejaba de transformarse conforme los cambios de la moda, en gran medida porque servía al esfuerzo de “coquetería de las mujeres”, que lo usaban como un recurso para “valorizar sus principales encantos”. Así, el corsé devenía en una “necesidad”, en especial para aquellas mujeres convencidas de que su “rol en este mundo [era] estimular la pasión de los hombres”.¹ Se trataba de una artificialidad que iba en contra de la belleza natural, de la vestimenta cómoda, funcional y liviana que facilitaba no solo la tonificación del cuerpo por los deportes sino también su preparación para las funciones reproductivas, ambos datos y atributos decisivos de la mujer moderna. En su prédica contra el corsé la revista se sumaba a quienes impulsaban la reforma del vestido y de “la educación física [y] del carácter de las mujeres” pero postergaba, para un futuro indeterminado, “el ejercicio del voto” y su activa participación en la vida política.²

La postura de *El Gráfico* —o más precisamente la de los autores de estos artículos en la que ya era una de las revistas deportivas más populares en

¹ *El Gráfico*, febrero 10, 1923.

² *El Gráfico*, diciembre 13, 1919; junio 13, 1925.

Buenos Aires— merece contextualizarse al menos respecto de dos asuntos. En primer lugar, el de los discursos médicos en torno a la respiración, del cuerpo y el corsé de las mujeres. Luego, el de la perdurable presencia de los corsés femeninos en la modernidad porteña.³

* * *

“Soy un convencido de que en un buen tórax que responde a un estado atlético inteligentemente trabajado no entra la tuberculosis”.⁴ De 1937, esta afirmación es parte de un discurso animado por un heterogéneo grupo de políticos, médicos, educadores y ensayistas que durante siete décadas apostó al fortalecimiento de los cuerpos como garantía de salud y prevención de la enfermedad. Domingo Faustino Sarmiento fue uno de ellos. En 1885 recomendaba “educar al cuerpo” cuando advertía que “muchas enfermedades del pulmón, se originaban en la estrechez de la caja que contiene los instrumentos respiratorios”.⁵ Algo más tarde, en 1916, un artículo publicado en los *Anales de la Sociedad Militar* alentaba “la cultura física” como un modo de evitar “el sedentarismo tuberculizante de la vida moderna y sus cines, clubes y teatros” y también como garantía de salud, educación, modelación del carácter y fortalecimiento individual y colectivo.⁶ Y a comienzos de la década

³ Discuto en detalle el tema del corsé en relación con la salud y la condición de la mujer moderna en *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*. Buenos Aires, Edhasa, 2007. En los capítulos 5 y 6 de ese libro se apoyan muchos de los asuntos a los que se refiere este artículo. Sobre el corsé en Argentina véase también: Oscar Traversa, *Cuerpos de papel. Figuraciones del cuerpo en la prensa 1918-1940*. Barcelona, Gedisa, 1997 (que subraya la presencia del corsé en el primer cuarto del siglo xx notando una transición entre el clásico corsé rígido y el elastizado y flexible); Gisela Kaczan, *Representaciones de cuerpos femeninos vestidos. Códigos visuales en los mecanismos de producción, de exclusión, emulación y distinción social. Mar del Plata 1900-1930*. Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2011 (donde se estudia el corsé en sus dimensiones estéticas y visuales entre las últimas décadas del siglo xix y las primeras del xx). Sobre la cultura física como un tópico relevante del discurso de la mujer moderna y su relación con el corsé, véase Martín Bergel y Pablo Palomino, “La Revista *El Gráfico* en sus inicios: una pedagogía deportiva para la ciudad moderna”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 4, 2000, pp. 2-20 y Cecilia Tosounian, *The body beautiful and the beauty of Nation: Representing gender and modernity (Buenos Aires 1918-1939)*, Tesis de doctorado, European University Institute, 2010. La perdurable presencia del corsé en el primer tercio del siglo xx no aparece en la lectura del problema por parte de Dora Barrancos, quien —es cierto que en un comentario sin mayor profundización— refiere al corsé como un dato del pasado al despuntar los años veinte. Al respecto véase su “Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras”, en Fernando Devoto y Marta Madero, eds., *Historia de la vida privada en la Argentina*, t. 3. Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 199-225.

⁴ *Revista Médica de Rosario*, xxvii, 1937, p. 56.

⁵ Domingo Faustino Sarmiento, *Obras completas*, vol. xxii. Buenos Aires, Luz del día, 1951, pp. 268-269.

⁶ *Anales de la Sociedad Militar*, n° 15, 1916, p. 517.

del cuarenta, tanto el Primer Congreso Nacional de Educación Física como muchos médicos y educadores encontraban en “la educación física el yunque para forjar una raza de calidad, fuerte, emprendedora y capaz” y “un recurso decisivo en la lucha contra la tuberculosis”.⁷

Uno de los tópicos recurrentes en “la educación del cuerpo” de que hablaba Sarmiento fue la respiración. Entrado el siglo xx, cualquier cartilla de difusión de consejos para preservar la salud indicaba las ventajas de la entonces llamada “gimnasia respiratoria” para los enfermos en vías de recuperación y también para aquellos que siendo sanos querían evitar enfermarse, puesto que –se decía– “todos los que respiran mal, y en primer lugar las mujeres, están predispuestos a la tuberculosis pulmonar”. De ese modo se difundían la “buena respiración [...] de tipo natural, diafragmática, que balancea el uso del tórax y el abdomen, [...] tal como lo hacen los niños y los salvajes”.⁸

Se trataba de discursos destinados a toda la población, incluyendo naturalmente a las mujeres.⁹ En el último tercio del siglo xix ya se mencionaban “la acción del aire libre, la actividad física, la gimnasia y el agua fría” como recursos que, aplicados desde la infancia, permitirían que “las mujeres, obreras o burguesas, reemplen su salud y no caigan en el histerismo y la clorosis que abren la puerta a la tuberculosis”.¹⁰ El tema de la gimnasia respiratoria femenina quedó tempranamente enlazado a las funciones reproductivas de las mujeres y su decisivo rol en la aparición de una raza argentina regenerada. La tesis de Arturo Balbastro de 1892, una de las tantas que a fines del siglo xix discutieron “la cuestión de la mujer”, invitaba a reconsiderar críticamente el ideal de femineidad que había desatendido la educación física en las escuelas para niñas y proponía jerarquizarla en el curriculum escolar a los fines de fortificar los cuerpos de las niñas que en el futuro serían madres y disminuir los peligros de degeneración racial.¹¹

La de Justino Ramos Mexía, de 1898, afirmaba que los roles sociales de los hombres y las mujeres estaban prescriptos por la evolución y las mujeres debían, ante todo, garantizar “la calidad de la raza”. Era necesario, entonces,

⁷ *Viva Cien Años*, 1942, vol. xii, n° 8, enero 3, p. 572; *Infancia y Juventud*, enero/mayo 1944; *Viva Cien Años*, 1944, vol. xii, n° 10, julio 5, pp. 440-449.

⁸ *Viva Cien Años*, 1941, vol. xi, n° 9, agosto 6, pp. 617-618; *Viva Cien Años*, 1940, vol. v, n° 1, abril 3, p. 26.

⁹ No discuto en este artículo la respiración y el fortalecimiento del cuerpo de las niñas. Para ese tema remito al capítulo 2 de *La ciudad impura. Salud y tuberculosis y cultura en Buenos Aires 1870-1950*.

¹⁰ Justino Ramos Mexía, “Higiene y educación física de la mujer”. Tesis, Facultad de Ciencias Médicas, Universidad de Buenos Aires, 1898, p. 41; *La Vanguardia*, octubre 15, 1898. También Domingo Faustino Sarmiento, *Obras completas*, vol. xli, p. 197; *El Nacional*, octubre 2, 1892.

¹¹ Arturo Balbastro, “La mujer argentina. Estudio médico-social”. Tesis, Facultad de Ciencias Médicas, Universidad de Buenos Aires, 1892, p. 8.

desarrollar para ellas un programa de estudios “separado de los hombres”, que facilitara el florecimiento de “sus aptitudes intelectuales” a los fines de “hacerlas irradiar sobre la cuna y sobre el hogar doméstico” toda vez que “la mujer está en la madre y nada más, y la maternidad debe ser el eje de sus sentimientos y de su salud”.¹² Así, las renovadoras ideas que apuntaban a la incorporación de las mujeres a la práctica del ejercicio físico y el deporte respondieron a un empeño por mejorar su condición de madres, un objetivo que, aún en sus limitaciones, demandaba revisar algo de las tradicionales restricciones al uso del propio cuerpo. Con esos presupuestos se fue demarcando entonces la discusión sobre cuál era el tipo e intensidad de actividad física más conveniente para reforzar lo que se pensaba como la esencia maternal de las mujeres.

Hacia fines del siglo XIX ese debate estaba claramente acotado, no solo por la falta de derechos civiles y el menor acceso a la educación de las mujeres, sino también por una realidad cotidiana marcada por corsés apretados que dificultaban la respiración y por largos y pesados vestidos que impedían los movimientos rápidos. Entrado el siglo XX, algo de esa moda se ha adaptado o renovado, haciendo menos complicado cualquier empeño de ejercitación corporal. Como sea, esas nuevas posibilidades tendieron a reafirmar los enfoques esencialistas antes que a reformularlos. Un tratado de divulgación higiénica afirmaba en 1919 que “la cultura física es más necesaria en la mujer que en el hombre”, y que el fortalecimiento del cuerpo femenino demandaba de “ejercicios de gimnasia abdominal y pelviana, con el objeto de desarrollar la musculatura y mantener la circulación activa en las regiones donde están alojados los órganos sexuales”, y también de “gimnasia respiratoria”, que “favorece el desarrollo del aparato pulmonar y las glándulas mamarias”. El mismo tratado advertía con disgusto que “la gimnasia que practican algunas mujeres sigue un feminismo absurdo” que las terminará convirtiendo en “seres híbridos, marimachos con todos los defectos y ninguna de las virtudes de ambos sexos”.¹³ Esta gimnasia, fortalecedora del cuerpo de las mujeres pero sin directa intencionalidad maternalista, era ciertamente transgresora y probablemente bastante similar a la que practicaban algunas mujeres en muchos lugares de la Europa anglosajona y mediterránea y en los Estados Unidos. De ella dan cuenta no solo los incipientes desarrollos del atletismo femenino, que en la década del veinte ya tenía sus clubes y torneos “que permitían a muchas mujeres jóvenes salir del anonimato”, sino también la circulación en Buenos Aires de traducciones al español de textos del tipo de

¹² Justino Ramos Mexía, op. cit., p. 26.

¹³ César Sánchez Aizcorbe, *La salud. Tratado de higiene y medicina natural*. Buenos Aires, Kapeluz, 1919, pp. 459-464.

Amor y Gimnástica, la exitosa novela de Edmundo de Amicis en la que el ejercicio físico de las mujeres se celebraba, ante todo, por facilitar sensaciones liberadoras y prescindentes de los dictados de la moda o de las demandas del maternalismo.¹⁴

Durante los años veinte y treinta los deportes ya se habían hecho un lugar en la vida de algunas mujeres. Próspero Alemandri, un educador y activo miembro del club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires, las alentaba a practicar con moderación “tenis, golf, equitación, ciclismo, patines, natación, basquetbol, danza y ejercicios con aparatos” y descartar “por ser contrarios a su propia naturaleza [...] la esgrima, el fútbol, las carreras de vallas y el pugilato en todas sus formas”.¹⁵ Las razones de la aceptación o el rechazo de un deporte u otro eran poco explícitas o simplemente arbitrarias. Expresaban, de todos modos, un claro reconocimiento de que “la vida al aire libre, la ilustración liberal y las exigencias del momento han transformado psíquica y físicamente a la mujer haciéndola más resistente a la doble tarea del hogar y del deber que ella misma se ha creado al influjo de la necesidad”. Así, y tal como lo indicaba la revista *Viva Cien Años* hacia finales de la década del treinta, en tiempos en que la “vida moderna” consagraba un ideal de belleza según el cual los valores de la salud y el espíritu animado ya habían desplazado a la delicadeza, la sensibilidad y el recato decimonónicos, la relación de las mujeres con las actividades físicas parecía querer definirse como “una práctica higiénica para evitar la enfermedad y mantener la natural belleza de las líneas” y, también, como un recurso importante en la formación de “una legión de madres sanas y fuertes, no de mujeres atletas”.¹⁶ Si este era uno de los tantos discursos destinados a lectoras de clase media y sectores populares más o menos ilustradas, el de la *Revista Grafa*, publicada a comienzos de los años cuarenta por los dueños de una de las fábricas textiles más importantes de la ciudad entre cuyos trabajadores eran mujeres, no solo insistía en esos mismos contenidos sino que era aún más ambiciosa y enhebraba la necesidad y la conveniencia de la gimnasia con las razones del maternalismo, la capacidad laboral y el futuro de la nación.¹⁷

La crecientemente sofisticada idea de la ejercitación del cuerpo también se hace evidente en *Gimnasia para la Mujer*, libro escrito en 1938 por una profesora de educación física de un hospital público, que celebraba las

¹⁴ *La Vanguardia*, enero 7, 1925 y octubre 10; Edmundo de Amicis, *Amor y Gimnástica*. Buenos Aires, Kapeluz, 1946.

¹⁵ Próspero Alemandri, *Moral y deporte*. Buenos Aires, Librería del Colegio, 1937, p. 33.

¹⁶ *Viva Cien Años*, vol. IV, n° 1, abril 6, 137, pp. 31, 35.

¹⁷ *Club Grafa. Revista Oficial*, 31-32, 1943.

peculiaridades biológicas de las mujeres.¹⁸ Allí se reconocen fragmentos de la prédica de las médicas y feministas del entre siglo que no creían en las debilidades “naturales” de las mujeres: se subraya que son los roles asignados socialmente los que generan o refuerzan tales debilidades y alientan una agenda que apunta a la ampliación de los derechos de las mujeres enfatizando en la medicina preventiva, la dieta equilibrada, la reforma en la vestimenta y la gimnasia.¹⁹ Pero *Gimnasia para la Mujer* y algunos artículos publicados en la revista *Viva Cien Años* también señalan que las diferencias de género reconocen un fundamento fisiológico que tiene que ver no tanto con “la forma particular de los órganos sino con la estructura de los tejidos que son impregnados por sustancias químicas segregadas por el ovario”.²⁰ El haber ignorado estas verdades, dicen los autores, es lo que ha llevado a las promotoras del feminismo a creer que ambos sexos deben tener la misma educación. Así, se trata no tanto “de imitar al hombre sino desarrollar las aptitudes de la mujer de acuerdo a su propia naturaleza”. Se desaconsejan entonces los ejercicios mecánicos y los deportes y se alienta un tipo de gimnasia femenina de compensación para todas las partes del cuerpo, basado en rutinas específicas que varían según la edad y conforme el lugar en el que desarrollan sus labores, en el hogar, la oficina o la fábrica. Combina gimnasia sueca, ejercicios de relajación y gimnasia rítmica, dedicando especial atención a la “reeducación respiratoria” puesto que “el 99 por ciento de las mujeres respira mal [y] no es normal que una mujer tenga ahogos al subir una vereda o al bailar un vals. [...] Estos son indicios de una respiración incompleta y, sin duda, más graves que las primeras arrugas”. Recomienda la reeducación respiratoria consistente en incorporar el tipo natural de “respiración diafragmática” que “balancea el uso del tórax y el abdomen, [evita] la vestimenta constrictiva causante de la preponderancia de la respiración torácica” [y] “constituye un poderoso recurso profiláctico y curativo, en particular de la tuberculosis”.²¹

Es difícil ponderar cuánto y cómo estos discursos modelaron la vida cotidiana de las mujeres porteñas de esas décadas. Estos reparos son pertinentes tanto para los discursos que apuntaban a contribuir a la mejora de la raza nacional hacia fines del siglo XIX, como para los de la gimnasia liberadora cuestionada por producir “marimachos” ya en el siglo XX o los de los deportes que eran parte de la “naturaleza” femenina y de la reeducación respiratoria.

¹⁸ Ruth Schwarz de Morgenroth, *Gimnasia para la mujer*. Buenos Aires, Librería de la Salud, 1938. Sobre este tema véase en este volumen el artículo de Andrés H. Reggiani y Pablo Ariel Scharagrodsky, “Circulación, difusión y apropiación de saberes y prácticas corporales: el caso de la gimnasia ‘femenina’ de Ruth Schwarz de Morgenroth (1935-1945)”.

¹⁹ Elvira Rawson de Dellepiane, “Apuntes sobre higiene en la mujer”. Tesis de la Facultad de Ciencias Médicas, Universidad de Buenos Aires, 1892, p. 9.

²⁰ *Viva Cien Años*, vol. IV, n° 1, octubre 6, 1938, pp. 20-23.

²¹ *Viva Cien Años*, vol. XI, n° 9, agosto 6, 1941, pp. 617-620.